

reina de Hungría... y los licores más espirituosos» rompen sus botellas en los armarios de las habitaciones en donde hay fuego. Fuera, las «gentes del pueblo mueren de frío como moscas» y también de hambre, y no se vislumbra el término de tantos males, pues no parece que el rey pueda «hacer la paz ni la guerra.» La jornada de Malplaquet levanta los ánimos; pero aquella gloriosa derrota ha llevado el duelo á la corte y en torno de la duquesa de Borgoña las damas «prorrumpen en grandes lamentos por sus esposos ó por sus hijos.» El duque de Guiche ha sido «herido por el cañoneo» y la duquesa ha ido á reunirse con el ejército; el marqués de Coetquén ha perdido una pierna y su madre ha partido para el campamento de los heridos; al hijo de la señora de Dangeau le han cortado la pierna por el muslo y su madre está á su lado en el Quesnoy. «Todos los días vemos llegar oficialés que andan con muletas,» dice Madama, quien tiene en su casa uno de éstos inválidos. «Y cuando salimos á la calle nos vemos asediados por una multitud de pobres, negros de hambre.»

La opinión pública hacíase amenazadora y los libelos y las canciones se multiplicaban. «Así como para la historia romana nos apoyamos en las medallas, en este país se sabe la verdad verdadera por las canciones.»

Las canciones eran, ora humorísticas, como ésta:

Al Delfín, irritado de ver cómo va todo, decía Luis: «Hijo mío, que nada os asombre, porque conservaremos nuestra corona.»  
A lo que el Delfín respondió: «Señor, la tiene Maintenón.»

O como esta otra:

Dícese que es la Maintenón  
quien derriba el trono,  
y que esa vieja pelandusca  
nos reduce á vivir de limosnas.

Luis el Grande afirma que no;  
Lafaridondaine, lafaridondón,  
y que él todo lo ordena  
al modo de Barbari,  
mi amigo.

Ora llenas de odio ó revolucionarias, como esta otra, contra el rey, contra Monseñor y contra el duque de Borgoña:

El abuelo es un fanfarrón;  
el hijo un imbécil;  
el nieto un gran mandria.  
¡Oh, qué gran familia!  
¡Cómo os compadezco, pobres franceses,  
sometidos á ese imperio!  
Haced lo que han hecho los ingleses,  
y ya es deciros bastante.

O bien se recitaba esta oración en prosa:

«Padre nuestro que estás en Versalles; vuestro nombre no es glorificado; vuestro reino ya no es tan grande; vuestra voluntad ya no se hace en la tierra ni en el mar. Dadnos el pan que por todos lados nos falta; perdonad á nuestros enemigos, que nos han derrotado, y no á nuestros generales, que les han dejado hacer. No sucumbáis á todas las tentaciones de la Maintenón y libradnos de Chamillart.»

Graves movimientos se agitaban en París, á la que el rey seguía mirando con malos ojos. El hecho de ir á

comer, en 30 de enero de 1689, por primera vez en su vida «á la casa de la ciudad», fué un verdadero acontecimiento; el preboste de los mercaderes le sirvió la comida y su esposa la sirvió á la duquesa de Borgoña; y el pueblo de París, según refiere Dangeau, «manifestó el mayor regocijo al ver al rey, habiéndose cerrado todas las tiendas, encendido fogatas por la noche y soldado muchas fuentes durante el día.» Pero parecía aquella visita la visita de un rey extranjero, y el recibimiento de los parisienses no reconcilió á Luis XIV con la capital que había abandonado y á la que no perdonaba las injurias de otros tiempos, las barricadas y la fuga nocturna de 1649. «No podía sufrir, dice Saint Simón, á las gentes á quienes gusta París.» Y, sin embargo, París tenía muchos partidarios, aun entre las personas más allegadas del monarca, y los hombres, y sobre todo las mujeres jóvenes, sentíanse atraídos á ella por los placeres, por el movimiento y la vida, y sobre todo por la necesidad de ver algo distinto de lo que continuamente veían en Versalles.

En París oíanse conversaciones que en Versalles no se habrían permitido. «En Versalles no se dan noticias; en París, en cambio, se dice todo lo que se sabe y lo que no se sabe, sin miramiento alguno.» Una «nación de noticieros» peroraba en todos los sitios públicos, en las reuniones de juego, en los salones y en los cafés, convertidos en centros políticos, y circulaban escritos injuriosos para la persona del rey. Fenelón hace constar el hecho inaudito de que el príncipe sea «atacado en los discursos públicos, en letras impresas y hasta en las Gacetas.» Y en medio de aquella atmósfera crecían los niños de una generación nueva, entre los cuales estaba Voltaire. Finalmente el populacho, exasperado por su miseria, se insurreccionaba.

«Menudean las emociones populares, que desde hacía mucho tiempo no se habían producido, escribía Fenelón ya en 1695. París mismo... no se ve libre de ellas, y los magistrados se ven en la necesidad de tolerar la insolencia de los revoltosos y aun de repartir por bajo mano unas cuantas monedas para que se apacigüen, pagando así á aquellos á quienes se debería castigar.»

En 1709 los ricos hubieron de hacer escoltar el pan que les llevaban, y el teniente de policía de Argensón vióse varias veces amenazado de muerte por mujeres que gritaban: «¡Pan, pan!» Con estos mismos gritos fué acogido en distintas ocasiones el Delfín al ir á la Ópera ó al salir de ella; «atemorizado en medio de sus guardias,» que no se atrevían á disolver al populacho «por miedo de algo peor, salió del apuro haciendo arrojar algunas monedas y prometiendo maravillas; mas como éstas no se realizaron, no se atrevía ya á volver á París.» Un día en que dejaron de recibir su distribución de pan, unos cuantos pobres, á quienes se ocupaba en desmontar un terrontero de la muralla, saquearon las panaderías y las pastelerías y se encaminaron á casa de Argensón; pero fuerzas de guardias franceses y suizos y de mosqueteros los rechazaron; haciendo fuego sobre ellos. París se vió poco menos que en estado de sitio, y ocho mil fusiles y mosquetes fueron llevados ostensiblemente á la Bastilla. En marzo de aquel año terrible, las mujeres de los mercados se congregaron para ir á Versalles á pedir la rebaja de la tasa del pan;

mas al llegar al puente de Sevres les salieron al paso algunas tropas, que las obligaron á retroceder. Parecía que se estaba en vísperas de una revolución, y el embajador de Venecia escribía en 1709 que «si no se firmaba la paz, el mismo rey no se hallaría seguro en Versalles, porque la nación francesa, que no sabe «ser moderada en la fortuna,» tampoco sabe «soportar la desgracia.»

Efectivamente; en Versalles «el rey en persona, desde sus ventanas, oyó cosas bastante fuertes del pueblo versallés, que gritaba en las calles,» excitándose «unos á otros á no ser por más tiempo tan sufridos, porque nada podía pasarles peor de lo que sufrían muriéndose de hambre.» La señora de Maintenón temía aventurarse por los caminos; tenía miedo «de algún encuentro desagradable, ya que el temor del hambre pone al pueblo en un estado de agitación al que no debe uno exponerse,» dice en mayo de 1709. Y en octubre escribe: «Se ven gentes á quienes la necesidad saca de juicio... y acabaremos por no poder salir seguros.» El Delfín ni siquiera puede ya cazar lobos tranquilamente, pues en una ocasión varios labriegos le rodean, gritando también: «¡Pan!»

En palacio, los cortesanos se preguntan si no habría medio de hacer algo para apaciguar á los desgraciados y recobrar la tranquilidad. «En aquel salón en donde antes sólo se hablaba de millares de luisés puestos á una carta, de caballos y de carrozas, ahora no se habla más que de trigo, de cebada y de avena. Todos se ocupan mucho en procurar alivio á los pueblos, pero hasta el presente lo que se hace en favor de éstos los irrita, pues hay gentes de mala voluntad que les excitan á la murmuración.»

La camarilla del rey y hasta las personas de su mayor intimidad se atreven á censurarle; así, cuando envió su vajilla de oro y sus muebles de plata á la Casa de la moneda, algunos cortesanos celosos imitan su ejemplo, pero otros le recriminan. «Opínase que al monarca toca reducirse; se le escatiman los gastos; dícese que los viajes á Marli son causa de la ruina del Estado; se quisiera suprimirle los caballos, los perros, los criados; se censuran sus muebles... y todas esas murmuraciones se sostienen á la puerta de sus habitaciones,» dice la señora de Maintenón. Luis XIV las oye y para demostrar que no es insensible á ellas, ordena varias economías, suprime los aguinaldos, haciendo llevar al ejército de Flandes los que el Tesoro solía darle, reduce el número de platos en la mesa, declara que ya no pagará más los gastos de instalación de las habitaciones ocupadas por los cortesanos ni mantendrá á los invitados de Marli, quienes comerán en sus cuartos, y les suprime el papel y el lacre, suministrándoles sólo la tinta; pero estos son remedios insignificantes para la gran miseria. Cuando Fenelón escribe que los intendentes no pueden «ya prestar su servicio más que estando por todos lados,» y que su vida es «una vida de desorden» y no de gente que gobierna, el rey se halla en trance extremo, de tal manera que en 1710 varios mercaderes se niegan á vender, si no se les paga, sábanas y otra ropa blanca para su uso. Luis XIV llega á proponer á Desmaretz que se empeñen, «si se puede,» sus propias pederías. Toda la familia real huele á ruina, y á la muerte del Delfín véndense «muchas de sus joyas, que no pocos han comprado por el precio en que han sido

valoradas y que es muy bajo, sirviendo ese dinero para pagar sus deudas.»

Y sin embargo el rey muéstrase en público con el semblante de siempre y con las mismas costumbres. Aun en el año terrible habría querido que se hubiese bailado, «pues sería un bien no dar al mundo la idea del abatimiento de Francia;» pero á ello se negó la duquesa de Borgoña, «sumida en una melancolía profunda.» Pero á lo menos no se sacrificó la comedia; en efecto, la Comedia Francesa dió veintidós representaciones en Versalles desde diciembre de 1708 á marzo de 1709.

Al fin parece tocar á su término la serie de desastres. Los aliados, que habían hablado de incendiar Versalles y de repartirse la Francia hasta el Loire, después de haber lanzado á Luis XIV al otro lado de este río, detienen en las fronteras; el año 1710 transcurre sin dificultades en el Norte y en el Este, y en España Vendome hace triunfar la causa de Felipe V, y el rey, que el año anterior se había inclinado ante la adversa fortuna hasta el punto extremo en que el honor le mandó eruir la cabeza, recobra la esperanza.

En aquel año 1710, la familia real y la corte estuvieron ocupados con el matrimonio del duque de Berri, con motivo del cual produjéronse grandes intrigas. Había en la corte dos partidos que se detestaban y se hallaban dirigidos por mujeres: de una parte, Madama la duquesa y la princesa de Conti; y de otra, la duquesa de Borgoña. Las dos primeras asediaban á Monseñor y procuraban indisponerle con el duque de Borgoña, á quien presentaban como censor de la conducta de su padre. El duque, cuando iba á Meudón, sentíase cohibido, como «en andadores,» y durante la campaña de 1708 habíase hablado mal de él en el *parvulo* de aquella residencia, habiéndose acusado á Madama la duquesa de ser autora de varias canciones «atroces» que en aquel entonces circularon. La duquesa de Borgoña defendióse lo mejor posible contra sus enemigas y solicitó el apoyo de la joven duquesa de Orleans, con la cual hizo un pacto de amistad. «Es una comedia divertida, escribe Madama, y podría decir como la canción:

Si no nos muriésemos de hambre,  
Tendríamos que morirnos de risa.»

Los dos partidos se disputaron al duque de Berri, á quien Madama la duquesa quería para su hija y la duquesa de Borgoña para la señorita de Orleans; el rey se puso de parte de su nieta y con suaves precauciones decidió á Monseñor á consentir el matrimonio: Pero el suceso no correspondió á las esperanzas del partido de Borgoña, pues la joven duquesa de Berri quiso acaparar para sí á Monseñor y demostró ser una joven terrible, «pródiga de ingenio, de orgullo, de ingratitud, de locura y también de vida licenciosa,» dice Saint-Simón. Su esposo, á quien han tenido «muy sujeto» hasta entonces, «al verse dueño de una mujer... de quien puede hacer lo que quiera... está encantado de ella y se figura que no puede haber nadie más lindo en el mundo;» ella, en cambio, le trata muy mal y hasta en una ocasión piensa hacerse robar por un escudero del príncipe, en la mesa «bebe demasiado» y además «se vanagloria de no creer en la divinidad.» Pero aún hay algo más que excede á todos los escándalos de la corte: el duque

de Orleans se figura que su hija es más bella que Elena y la hija «se porta de un modo tan chocante con su padre, que su madre y su marido sienten celos.» Esta conducta incestuosa es conocida públicamente, puesto que en París se alude á la historia de Loth en un cartel fijado en el Palacio Real y que dice: «Aquí se hacen Loterías.» De modo que esta es otra princesa «que no ha ido por buen camino.»

El carnaval de 1711 fué muy alegre; el último día, la duquesa de Borgoña salió del baile á las seis de la mañana, fué á que le pusieran la ceniza y á oír misa antes de acostarse y se levantó á las ocho de la noche. Pero pasada la cuaresma, sobrevino una catástrofe: el día 14 de abril murió en Meudón Monseñor. Saint-Simón ha relatado los días de la enfermedad y la noche de la muerte y descrito el espectáculo dado por aquella corte bajo apariencias que su penetrante mirada ha destruido. Una vez más mostróse el rey sumiso á la voluntad de Dios, y fué para él un consuelo oír decir al confesor de Monseñor que la conciencia del príncipe estaba «en perfecto estado.» «Triste hasta el punto de inspirar verdadera lástima... no está, sin embargo, de mal humor; habla á todos bondadosamente y da sus órdenes, tan tristes, con gran firmeza de ánimo; pero á cada momento se llenan de lágrimas sus ojos.» Al día siguiente de la muerte de su hijo delibera en consejo sobre cuál título llevarán el duque y la princesa de Borgoña y cuáles nuevos honores les serán otorgados. Por vez primera dióse el título de «Delfín» á un nieto del rey, habiéndose decidido que se llamaría al duque de Borgoña Monseñor el Delfín cuando se le escribiese, Monsieur el Delfín cuando se hablase de él y Monsieur cuando se le dirigiese la palabra. Además se acordó que al levantarse de la cama el duque y la duquesa de Borgoña, sus camisas les serían presentadas respectivamente por el duque y la duquesa de Berri; ésta, que no temía «mostrarse terca» á la voluntad del mismo rey, no obedeció sino después de gran resistencia.

Desde aquel momento, pasaron á ocupar un puesto en primera fila el joven Delfín y la joven Delfina.

A la muerte de Monseñor, Saint-Simón no ha hallado en el semblante del duque de Borgoña «nada de ternura, y sí únicamente el profundo cuidado de un espíritu sobrecogido.» Madama ha visto al príncipe «trastornado, pálido como la muerte y sin decir palabra:» la idea de reinar le espantaba y comprendía evidentemente su falta de vigor y que reinaría débilmente, pues su propio confesor, el P. Martineau, le creía «incapaz de obrar por sí mismo» y de «tomar una resolución.» ¡Y cuánta energía habría necesitado para vencer el mal que veía ostentarse en todas partes! Hallábase un día, después de comer, en el jardín zoológico y al oír que se hablaba de las iniquidades del régimen fiscal, intervino en la conversación; «de su boca salían el fuego y las maldiciones,» y «acabó diciendo, casi con lágrimas en los ojos, que un reino entregado de tal suerte á toda injusticia, no podía prosperar ni atraerse la bendición de Dios.» En cuanto á la costumbre de los reyes de guerrear, preguntábase si tenían derecho á ello y añadía: «Es preciso examinar las razones que pueden dar el derecho de derramar la sangre de los pueblos.» De las guerras á que había asistido había traído la siguiente opinión: «Hacer la guerra á labriegos desarmados...»

quemar sus casas, arrancar sus viñas, cortar sus árboles, incendiar sus cabañas, es una cobardía y un robo;» antes que cometer tales hechos valía más no reinar. En una ocasión se le oyó envidiar la suerte de los «pinches de cocina que en verano pasan las noches en las gradas del palacio, á menudo al sereno, y no les va peor con ello;» éstos «no han de dar cuentas á nadie» y tienen sus horas de libertad, al paso que un rey no conoce el reposo, ni los cuarteles de invierno ni las vacaciones. ¿Y á qué peligros no está expuesta la salvación de un monarca? Los que oyeron lamentarse de esta suerte al príncipe de su destino lloraron. Estas aprensiones y estos escrúpulos no los tenía la duquesa de Borgoña, quien al morir su suegro mostróse afectada, pero añadió: «Consuélome de ello como los demás (los demás se consolaron efectivamente muy pronto y nunca hubo dolor más corto, ha dicho Saint-Simón, que el que causó la muerte de Monseñor) y aun creo tener más razones que los otros para consolarme.» Sus razones eran la frialdad con que Monseñor la trataba y la hostilidad de que era objeto por parte de la corte de Meudón. Con Monseñor moría la intriga.

Los dos esposos, sin embargo, se transforman de día en día. Él, á quien el rey decía en otro tiempo, mientras le invitaba á asistir á un consejo de guerra que debía celebrarse por la tarde, «á menos que preferáis ir á visperas,» ahora trabaja no sólo en los consejos, sino también con los ministros Torcy, Voisin y Desmaretz, á quienes el rey ha encargado que le den cuenta de todos los asuntos, y más gustoso aún en secreto «con el pequeño grupo» de gentes honradas, sobre todo con Saint-Simón, y, por cartas, con Fenelón. En unión de esos amigos, sueña con una reforma de aquel Estado cuyo porvenir á todos preocupa (1). Ya no es aquel hombre «encogido, á quien todo violenta... y que en todas partes se turba;» sino que se vuelve casi afable y habla muy bien «con el atractivo y la dulzura de una elocuencia natural.» La duquesa de Borgoña, «desde que ocupa un puesto más elevado,» se ha vuelto más bonita y afable que nunca; representa gran papel, «lo que no le desagrada.» El rey continúa admirándola y la considera «capaz de cosas difíciles é importantes;» y en efecto parece muy formal, y hasta un poco riguroso, por más que haya sentido algunos deseos de acariciar al duque de Richelieu, que era en aquel entonces una linda «muñeca.» Únicamente las princesas de la antigua intriga seguían mostrándole mala voluntad; un día en que, según costumbre, hacía al rey «cien monedas» para divertirle «leyó en los ojos de aquéllas una expresión de burla,» pero no hizo caso de ello y exclamó mientras saltaba: «¡Seré su reina! ¡Seré su reina!» Sabía que la paz estaba próxima y la esperaba con impaciencia, prometiéndose para el día en que recibiese la noticia una fiesta como jamás se había visto otra. No había pensado aún en qué consistiría aquella fiesta; pero por de pronto había resuelto asistir «al *Tedum* de Nuestra Señora, ir luego á comer en casa de la duquesa de Lude, en una bella mansión enteramente nueva, después á la Ópera y de allí á cenar con el príncipe de Rohán en el hermoso palacio de Guisa, al juego y al baile toda la noche;» y como regresaría á Versalles á la

(1) Véase pág. 432.

hora en que la señora de Maintenón se levantaba, iría á su llegada á pedirle que le diera de almorzar. En enero de 1712 escribe la señora de Maintenón que cuando hayan desaparecido las causas de inquietud, no habrá modo de contenerla porque «tiene un fondo de alegría inagotable.» Es dichosa de pensar que «hace las delicias de la corte» y de ofrecer al porvenir dos hijos, «las criaturas más simpáticas que desearse pueda,» vigorosos, guapos y graciosos como ella: el segundo duque de Bretaña, nacido en 8 de enero de 1707, y el duque de Anjou, nacido en 15 de febrero de 1710.

El día 5 de febrero de 1712 acometióle una fiebre violenta, y el 9 los médicos diagnosticaron el sarampión, enfermedad que en aquella sazón hacía estragos en palacio. Saliéronle manchas encarnadas que luego desaparecieron, y los siete médicos que le asistían le hicieron tomar «tabaco de fumar y en masticatorio,» opio y emético y le administraron una doble sangría en el brazo y dos en el pie; pero la fiebre no cedió. El día 11 la señora de Maintenón dijo á la enferma que pensase en Dios, mas la princesa no quiso creer que la cosa fuese tan urgente; sin embargo, ante la insistencia de los que la rodeaban se confesó, recibió la extremaunción y se mostró resignada, pensando que su muerte era una aflicción que Dios enviaba al Delfín para probarle su afecto. En la mañana del 12 su estado era desesperado; unos polvos la reanimaron por un momento y la señora de Maintenón le dijo: «Señora, vais á ver á Dios,» á lo que ella respondió: «Sí, tía mía.» Le hicieron tomar tres vasos de emético y á las doce de la noche murió. El rey, que no se había movido del cuarto de la enferma y que continuamente se acercaba á su cama, había salido de la estancia con la señora de Maintenón poco antes de que aquélla exhalase el último suspiro; «uno y otro estaban hondamente apesadumbrados.» Fué aquel, dice Saint-Simón, el único gran dolor de su vida y le dejó «una amargura involuntaria y secreta.»

El Delfín, á quien se había alejado del lecho de su esposa por orden del rey, que tenía el contagio, después de muerte la princesa estuvo rezando dos horas seguidas, y el 14 por la mañana partió para Marli en donde se había retirado el monarca. Éste le besó «tierna, largamente y repetidas veces,» y viendo que tenía mala cara hizo que le tomasen el pulso. Al día siguiente, el Delfín asistió al Consejo y trabajó tres horas con Torcy, pero al otro día sintióse muy mal y le salieron las manchas encarnadas. Comprendió entonces lo que tenía y exclamó: «¡Fiat! ¡Fiat! ¡Sea! ¡Sea!» La fiebre subió horriblemente y habiéndole su confesor dicho el 18 que el ardor de aquella calentura podía, si la ofrecía á Dios, «preservarle de los fuegos, del infierno,» el Delfín ensalzó la bondad de Dios «á quien estamos obligados... porque nos ha dado un medio tan fácil de satisfacer su justicia,» y algunos le oyeron decir: «Muerdo contento.» El 19, poco después de media noche, tomó el Viático con ánimo tranquilo y dando gracias á Dios que le sacaba de este mundo en donde tantos lazos le estaban preparados. Recibió la extremaunción y murió á las ocho, «perfectamente dispuesto para la bienaventurada eternidad.»

El rey, que durante la enfermedad había asistido lleno de aflicción á su nieto como pocos días antes asis-

tiera á su nieta, había leído, al despertarse, la noticia de la muerte en los semblantes de los príncipes y de las princesas que le besaron llorando. El mismo día el cadáver del Delfín fué llevado á Versalles, en donde estaba solemnemente guardado el de la Delfina, y los dos ataúdes fueron colocados en el mismo estrado.

Entonces pasó á ser Delfín el duque de Bretaña, quien, al saludarle su aya con aquel título, le dijo: «Mamá, no me deis ese nombre; es demasiado triste.» También él tuvo el sarampión y murió en 8 de marzo de 1712, matado por nueve médicos que le cuidaron como habían cuidado á su padre y á su madre. Su hermano, el duque de Anjou, fué atacado de la misma enfermedad, pero se salvó porque los médicos estaban ocupados en la asistencia del duque de Bretaña, y cuando quisieron sangrarlo las mujeres se opusieron á ello, concretándose á procurar que el niño no se enfriase.

Por orden del rey reanudáronse en 8 de abril los juegos de berlanga y lansquenete, jugándose este último en las habitaciones de la señora de Maintenón; pero la corte y sobre todo la familia real estaban alarmadísimas: «Creo que todos nosotros, escribía Madama, vamos á morir uno tras otro.» Aquellas muertes sucesivas no parecían naturales, y aunque desde hacía mucho tiempo, desde el siglo XVI, en que penetraron en Francia las costumbres italianas, se creía fácilmente en los envenenamientos, es lo cierto que el Proceso de los venenos, seguido en pleno reinado de Luis XIV, había aumentado la facilidad de la sospecha en todos los casos en que un fallécimiento revestía caracteres anormales. Saint-Simón refiere que cuando murió la primera Delfina se dijo que la princesa de Conti, «excesivamente perfumada,» había permanecido largo rato junto á ella á raíz de haber parido; es decir, que aquella princesa, que gozaba de gran predicamento cerca de Monseñor y que sentía celos de la Delfina, habíase desembarazado de ella intoxicándola con los perfumes. Madama cree que también fué envenenado Monseñor y dice que le refirieron que al exhalar éste el postrer aliento, vióse salir de su boca un humo negro que le tiñó el rostro del color de la pez. Había corrido asimismo el rumor de que Louvois había muerto á consecuencia de un veneno: «Si es cierto que el señor de Louvois murió envenenado, escribe la misma Madama, no creo que esto fuese obra de sus hijos, por malos que puedan ser;» según ella, la autora del hecho había sido la señora de Maintenón. De manera que se acusaba tranquilamente de crímenes atroces á personas con las cuales se vivía y se cruzaban diariamente saludos y atenciones. Pues bien; las muertes del duque, de la duquesa de Borgoña y de sus hijos parecieron aún más sospechosas que todas las demás, y buscándose, entre las personas de su mayor intimidad, á quien podía ser más beneficiosa su desaparición, vino á sospecharse del duque de Orleans.

El ateísmo de éste, su diletantismo, su vida licenciosa y su conducta en España, en donde de buena gana había hecho traición á Felipe V, hacían que se le creyese capaz de todo. Además, dedicábase á las «ciencias» y tenía en el Palais Royal un gabinete en donde realizaba misteriosas investigaciones bajo la dirección de un extranjero. La voz pública acusóle de

aquellos crímenes que le acercaban al trono, y el príncipe se indignó, pidió el nombramiento de jueces para su jefe de laboratorio y suplicó al rey que encerrase á éste en la Bastilla; pero el monarca no se inmutó, pues sabía que su sobrino era un «fanfarrón de crímenes;» negóse á dar la real orden que le pedían para hacer encarcelar al químico, y á fin de poner término á la «confusión de las almas,» volvió á comer y á mostrarse públicamente.

Los asuntos generales habían decididamente mejorado; la coalición se deshacía y á fines de 1711 preveíase ya una paz honrosa: «¡Qué gloria para nuestro rey, escribía en noviembre la señora de Maintenón, haber sostenido una guerra de diez años contra toda Europa, sufrido todas las desgracias que pueden acaecer, soportado un hambre y una especie de peste que ha arrebatado millones de almas, y verla terminar con una paz que pone la monarquía de España en su familia!» El año 1712 ha visto brillar nuevamente la victoria después que Luis XIV hubo ofrecido á Villars ir á morir ó á vencer con él. Ha terminado, pues, la crisis en que el Estado se ha visto en peligro de sucumbir; el rey la ha atravesado con bravura: «No introduciendo cambio alguno en sus costumbres en las cosas atañentes al Estado, escribe el embajador de Venecia, se ha portado con firmeza de alma verdaderamente admirable.»

Sin embargo, estudiando de cerca la conducta de Luis XIV durante aquellos años difíciles, descúbranse en su alma firme debilidades que sorprenden: tolera los desórdenes extraños de su familia y de su corte; á la vista de aquel omnipotente una intriga política trabaja contra el duque y la duquesa de Borgoña, herederos de la corona, y él la tolera; numerosas damas, hijas ó nietas de aquel rey de bellos modales, devoto y predicador, fuman, se embadurnan la nariz de rapé, se disputan, se emborrachan y corren aventuras amorosas, y él las deja hacer; la acusación de incesto lanzada, con verosimilitud enojosa, contra el duque de Orleans y su nieta la duquesa de Berri no parece haberle inmutado lo más mínimo; y ese monarca perseguidor de protestantes y de jansenistas, conserva á su lado y en su intimidad á aquel príncipe y á aquella princesa que no sólo no creen en Dios sino que, además, «hacen gala» de su ateísmo.

Hasta en los negocios importantes de su servicio mostraba singular indulgencia hacia los que servían mal. En 1703, el duque de Borgoña, durante el sitio de Brisach, pide su licencia y abandona el ejército pocos días después de tomada aquella ciudad sin estar concluida la campaña; la duquesa escribe á su marido que «él rey cree que es tan poco aficionado á la guerra como los demás, lo cual le molesta mucho,» pero el rey ha dado la licencia y realmente no ha demostrado á su nieto que estuviese «enfadado.» En 1708 tenía motivos sobrados para recibir mal al duque de Borgoña á su regreso de la triste campaña, puesto que sabía todas las faltas cometidas y la magnitud de los desastres cuyas consecuencias temía; y no obstante esto, cuando el príncipe, al llegar por la noche á Versalles, se presentó á él, recibióle sonriente y le dijo, señalándole la duquesa de Borgoña: «¿No tenéis nada

que decirle?» Y después de «platicar un rato de viajes de posadas y de caminos,» le despidió, no queriendo retardar por más tiempo el placer que había de causarle «el encontrarse con la duquesa de Borgoña.»

Más asombrosa aún fué la paciencia que tuvo con Vendome. Éste, antes de la campaña de 1708, trabajó durante ocho días en Versalles con el rey y Chamillart y después instalóse en casa del asistente Crozat para divertirse, y habiéndole enviado el rey, que seguía preparando la campaña, algunos oficiales generales para conferenciar con él, les suplicó que le dejasen tranquilo y los despidió. El rey, al enterarse de lo ocurrido, «no pudo contener un gesto que denunciaba su pensamiento,» pero no pasó de aquí. A su regreso de Flandes, Vendome, á pesar de su gran parte de responsabilidad en los desastres, presentóse con el «aire altanero» que le era habitual y el rey le recibió «muy afablemente;» y si luego no le invitó á Marli y le hizo decir que no fuera á Meudon, al palacio del Delfin, fué porque la duquesa de Borgoña declaró que no quería encontrarse con él. Vendome figuraba en la intriga hostil al joven matrimonio é intrigaba contra el mismo rey, ya que escribía ó hacía escribir papeles en París, halagaba á los noticieros y se procuraba, como actualmente decimos, una prensa propicia. El rey soportó esa conducta casi sediciosa del mismo modo que toleró de su confesor Le Tellier ciertas intrigas que le desagradaban. Considerando estos hechos y otros muchos que podrían citarse, se ocurre pensar, con la natural sorpresa, que Luis XIV no había inspirado nunca ó no inspiraba ya ningún miedo á los que de cerca le veían.

Bajo apariencias magníficas persistió en el carácter del rey una timidez (1) de que él se quejaba en los comienzos de su reinado y que no escapó á la consideración de algunos observadores, aun en sus mejores tiempos. Luis XIV era incapaz de mirar á nadie frente á frente para decirle lo que pensaba de su conducta y las más de las veces confiaba á otros el cuidado de enfadarse en su nombre. Un día, queriendo dar una lección á la duquesa, no la llevó en su caleza al volver de una cacería, pero no le dijo por qué, sino que encargó la comisión á Madama, quien hizo un sermón á la duquesa, que lloró abundantemente, lo cual no le impidió mostrarse «más loca y más dispada que nunca.» Por lo demás, Luis XIV no sentía el horror que los vicios inspiran á las «almas virtuosas,» pues su alma no era de éstas. Finalmente estaba aquejado ó dotado de una apatía general, en el sentido etimológico de la palabra; y esta apatía explica, en parte, su constancia en los reveses y en los duelos que le conmovieron, puesto que lloró, pero con emoción corta. Un buen juez de su persona y de su gobierno, Lemontey, ha escrito que su firmeza «sólo estaba, por decirlo así, en los primeros rudimentos de su ser; los rigores de la atmósfera no la afectaban más que los golpes de la suerte, y nunca cuerpo más insensible hubo de encerrar un alma más imperturbable.»

Pero hay que añadir, en honor de Luis XIV, que se mantuvo recto y altivo hasta el final, merced á una armazón sólida, á su orgullo que, en los días aciagos, fué una dignidad soberbia; á sus grandes virtudes de rey, á

(1) Véase pág. 54.

su constancia en el desempeño de su «oficio,» cuando después de haber sido «delicioso» en un principio se convirtió en doloroso, y sobre todo á su confianza en Dios.

Ni los años ni la adversidad modificaron su religión, que no llega á ser íntima, profunda ni dolorosa ni turba el alma «imperturbable.» El rey, escribe la señora de Maintenón, «no faltará á una estación ni á una abstinencia; pero no comprenderá que es preciso humillarse y adoptar el espíritu de una penitencia verdadera.» Y Fenelón, en la carta de 1695, dice: «Vuestra próxima y total ruina no puede corregiros...; sois todavía duro, altanero, fastuoso, incomunicable, insensible... humillado sin humildad.» Todo esto es cierto; pero Luis XIV tenía de sus relaciones con Dios una idea que la señora de Maintenón y Fenelón comprendían mal y que el P. De la Rue explicó desde el púlpito un día de 1709, después de la jornada de Malplaquet:

«Los comienzos de vuestro reinado han sido duros y difíciles; más difícil aún es el final, pero el intervalo entre estos extremos ha estado sembrado de lirios y de rosas, que quizás os habéis olvidado de devolver á Dios solo; y Dios los recobra, quedando así indemnizada su justicia. De ahí proceden tantos enemigos. ¡Qué digo, Señor, enemigos! Son instrumentos de los cuales la Providencia se sirve para completar la gran obra de vuestra santificación. Todavía algún tiempo más, y las varas de los infieles serán arrojadas al fuego. Tenemos motivos para creer que su misericordia estaba contenta en el gran combate en que la victoria pareció volver á vos; ésta os ha vuelto una vez más la espalda, pero teñida en la sangre de vuestros enemigos.»

Y recuerda luego las palabras de Jesucristo á San Pedro:

«Dejadme hacer; lo que hoy no comprendéis lo comprenderéis algún día. Mis vías os son desconocidas; pero cuando se descorrerá la cortina y el número de días habrá transcurrido, veréis que sólo he pensado en haceros dichosos en la eternidad.»

El rey lloró escuchando á ese padre que le hablaba en los mismos términos que su propia conciencia. Consideraba justa y, en medio de sus severidades, benévola la conducta de Dios para con él. «Dios me castiga; lo he merecido,» decía á Villars; pero añadía: «Todo esto sufriré menos en el otro mundo.» De manera que todas aquellas derrotas, todos aquellos millares de muertos en tantos campos de batalla, aquellos espantosos duelos en la familia real, aquella peste, aquel hambre son otras tantas pruebas del amor de Dios á Luis XIV, avisos que le da, signos que le hace y que el rey comprende y que le tranquilizan respecto de los designios finales de la Providencia para con él. Además, no olvida los trabajos que ha realizado para servir á Dios; después de la revocación del edicto de Nantes, «nunca se había creído, dice Saint Simón, tan grande ante los hombres ni tan avanzado ante Dios en la reparación de sus pecados y del escándalo de su vida. «Quiso ser y fué *plus quam sacerdos* en todos los asuntos religiosos y se midió con todas sus fuerzas con los dos sostenes de la herejía, Inglaterra y Holanda; y aunque casi se estrelló contra ellos, Dios, que permitió su derrota, debe estar agradecido á su esfuerzo y la prueba de ello está en que no ha permitido «su ruina total y próxi-

ma.» Indudablemente Luis XIV debió pensar, sin confesárselo del todo, algo de esta frase que le ha sido atribuida: «Dios no debiera olvidar lo que por él he hecho.»

#### IV.—Fin de Luis XIV (1712-1715) (1)

Después de la muerte del duque y de la duquesa de Borgoña, ya no hubo fiestas ni ceremonias. «Todo ha muerto aquí, escribe la señora de Maintenón; la vida ha cesado.» La vida era la duquesa de Borgoña que, como ha dicho Saint-Simón, todo lo «animaba» y «llenaba todos los sitios á la vez.» Muerta ella, «las tinieblas cubrieron toda la superficie de la tierra,» y los únicos espectáculos que subsistieron fueron las revistas que pasaba el rey con regularidad á las guardias francesas y suizas, en las cuales servían centenares de gigantes escogidos por él mismo entre los mejores mozos del ejército. Aquellas revistas agradabanle de un modo extraordinario. Las reuniones en las habitaciones del monarca cesaron también. «Ya no se celebra acto alguno de corte,» escribe la señora de Maintenón en noviembre de 1712.

Después de cenar, el rey continúa reuniendo á su familia en la intimidad, en la que se ha decidido á admitir á Madama, quien está encantada de poder entrar en el «santuario.» Madama ha acabado por querer al rey y por reconocer que de toda la familia real era el que tenía mejor corazón; y si estaba enfermo, se angustiaba. «Necesitamos, más de lo que podáis imaginar, que el rey viva; si muriese, todo andaría revuelto, porque en nadie hay amistad ni confianza, ni aun entre los parientes más próximos.» En aquellas veladas íntimas, el rey ofrecía «naranjadas y limones,» se platicaba de menudencias; el conde de Tolosa relataba sus cacerías y hablaba de sus casas y de la corta de sus bosques y el rey conversaba con las princesas. Madama decía de cuando en cuando una ocurrencia, y cuando el rey le hacía la merced de informarse de su salud contestábase de manera que provocaba risa; sabía decir cosas graciosas, y hasta cuando estaba de mal humor ó enferma aparentaba alegría á fin de complacer al señor á quien no agradaban «las cosas tristes;» cortaba los temas desagradables, y si el rey se ponía á hablar de la guerra ó de la paz ó de los «tres delfines y de la delfina, en seguida cambiaba de conversación.» Casi siempre se hacía música en el santuario; en donde era recibido un solo cortesano, el mariscal de Villeroy, á quien la señora de Maintenón había admitido para distraer al rey que, por una larga costumbre, profesaba afecto á aquel contemporáneo. Las «músicas daban ocasión á que se hablase de los bailes de la juventud, y todo esto ayudaba á pasar el tiempo.»

(1) Respecto de la muerte de Luis XIV, además de Haussonville y Hanotaux, *Mémoires et lettres...*, indicadas en la pág. 552, véanse: Dangeau, t. XVI. Saint-Simón, ed. Cheruel y Regnier, año 1715. *Mercur* de octubre de 1715. Pormenores inéditos sobre la muerte de Luis XIV en Le Roi, *Curiosités historiques*, París, 1864, págs. 200-208. *La mort de Louis XIV, journal des Anthonie*, pub. por E. Drumont, París, 1880. P. Narbonne. *Journal des règnes de Louis XIV et Louis XV*, pub. por J. A. Le Roi, París, 1866. Languet de Gergy, *Mémoires sur Mme. de Maintenon*, ed. Lavallée.—Condé Mareschal de Bièvre, *Georges Mareschal, seigneur de Bièvre*, París, 1906.